

DISCURSO EN COSTA RICA

Rigoberta Menchú Tum

Con motivo de la entrega del Doctorado Honoris Causa en la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, febrero de 1993

Buenos días a todos. Excelentísimas autoridades de la Universidad Nacional de Costa Rica .

Excelentísimas autoridades del gobierno y del pueblo de Costa Rica .

Queridos amigos del Cuerpo Diplomático de nuestra América y de otros continentes.

Queridos amigos del Cuerpo Docente.

Queridos estudiantes.

Queridos jóvenes.

Queridas amigas y amigos presentes.

Quisiera en este momento hacer un homenaje especial al esfuerzo colectivo del pueblo, del Gobierno y las instituciones de Costa Rica por su lucha contra la militarización, lucha por una sociedad civil que es el fundamento de una democracia.

Quisiera también felicitar, en esta ocasión, su esfuerzo y sus iniciativas colectivas para que haya una Centroamérica mañana fortalecida en nuestra sociedad civil.

También quiero hacer un recordatorio al pueblo de Costa Rica: la lucha de los pueblos indígenas no debe ser una lucha sólo por la cantidad numérica que tengan nuestros pueblos, sino por su memoria colectiva, por su contribución a la edificación de un continente, de un país, por su mano de obra, por su historia, que aquí reposan, y por eso los cohermanos indígenas de Costa Rica y de América deben tener una plena participación dentro de toda la historia de la unidad nacional.

Quisiera en esta ocasión hacer homenaje a todos mis maestros. Esta mujer indígena, maya-quiché, no aprendió por la inteligencia que tenga más que otros, más bien en la historia de esta compatriota de ustedes han intervenido una inmensa cantidad de esfuerzos, de aprendizajes, de enseñanzas, sobre todo para empezar a entender el profundo contenido de nuestro idioma, de nuestra historia y de nuestra realidad, aquí, en este continente.

Recuerdo en este momento a la primera intelectual que conocí en mi vida, doña Alayde Foppa. Alayde fue la primera que conocí en la ciudad de México en 1980, un poco antes de su secuestro. Posteriormente tuve una estrecha relación a lo largo de muchos años, a través de consejos, de opiniones, tal vez de discusiones con una gran persona, que mucho de su vida intelectual, su aportación a la memoria de América quedó detrás de su escritorio, y me reflejó a don Luis Cardoza y Aragón. Don Luis, ejemplo de la profundidad, del

sentimiento y de la aplicación y empeño de un profesional, de un intelectual, pero también de un hombre creador, que nunca sacrificó su esfuerzo científico por sus relaciones amistosas con los refugiados, con los indígenas, que en aquel entonces no teníamos la ocasión de ser importantes en el mundo.

Quisiera también rendir homenaje a muchos compatriotas de Centroamérica, que también me enseñaron, también me corrigieron; así como a muchos otros compatriotas guatemaltecos que en el trabajo, en la ocupación aprendí mucho de ellos. Es decir, la escuela de la vida no sólo inició en el corte de café, en el corte de algodón, no sólo inició en el campo de Ximel. Tampoco sólo inició en Quiché, tampoco sólo inició por haber entendido algo de las aspiraciones de mi gente maya, sino también de la diversidad de conocimientos de mis compatriotas indígenas y ladinos.

Es por eso que yo creo en la unidad nacional, creo en la forma de enseñanza de unos a otros, y por eso creo tener la confianza de que algún día la educación no sea un gran privilegio en América y en los países pobres. Que la educación sea complementaria con las experiencias valiosas de nuestros pueblos, con su ciencia y tecnología, su conocimiento de la madre naturaleza, sus aspiraciones que en muchos momentos hablan con su propia identidad.

Creo que la enseñanza está más allá de tener un título profesional. Creo que el valor de los hombres y mujeres es más allá de tener una carrera, una carrera científica. No estoy desvalorizando aquí la posibilidad de que integremos, enriquezcamos los valiosos conocimientos de la humanidad al servicio de nuestros pueblos. Los indígenas tenemos derecho a la ciencia y a la tecnología. Podemos convivir con ella junto con la memoria de nuestros antepasados y junto con las aspiraciones del futuro. Es decir, quizá quedan cortas las palabras para expresar la esperanza de un mundo mejor, y de un mundo donde podamos practicar el respeto mutuo entre nosotros, y donde verdaderamente sean el diálogo, la negociación y la concertación, el futuro de nuestros países y de nuestras democracias y nunca más sea la guerra. Es necesario entonces en honor a este Doctorado "Honoris Causa" hacer una promesa: seguir desarrollando los conocimientos profesionales, técnicos, políticos, pero al mismo tiempo seguir desarrollando ese contacto con la vida, la madre naturaleza, de nuestra gente en América. Esto explicará mi actuación en el futuro.

Creo en las organizaciones populares, creo también en el papel de las organizaciones no gubernamentales, creo en la academia, creo en el desarrollo científico en todos los campos, creo en los autodidactos, los autodidactos que posiblemente tienen poemas, tienen expresiones de vida y que tienen que ser parte del desarrollo integral de nuestra América y del mundo. Creo en la juventud, también creo en la lucha indígena y creo en la lucha de la mujer.

Es necesario seguir adelante y seguir desarrollando los conocimientos con compromiso. Debemos empeñar un pedazo de

nuestra vida en ello. Agradezco esta oportunidad y no puedo terminar sin dedicarles a ustedes un poema que tanto me gusta. Este poema ya lo ha oído el pueblo costarricense y lo he dicho muchas veces, pero fíjense que no me canso de decirlo, porque es el sentimiento de una compatriota centroamericana, pero al mismo tiempo es el sentimiento de quienes cruzaron la frontera con diferentes circunstancias y se identifican con él.

Se llama "PATRIA ABNEGADA."

*Crucé la frontera, amor,
no sé cuando volveré;
tal vez cuando sea en verano,
cuando abuelita luna y padre sol
se saluden otra vez,
en una madrugada esclareciente,
festejados por todas las estrellas.*

*Anunciarán las primeras lluvias,
retoñarán los ayotes que sembró Víctor
en esa tarde que fue fusilado por los militares.
Florecerán los duraznales
y florecerán nuestros campos.
Sembraremos mucho maíz,
maíz para todos los hijos de nuestra tierra.*

*Regresarán los enjambres de abejas
que huyeron por tantas masacres y tanto terror.
Saldrán de nuevo de las manos callosas
tinajas y más tinajas para cosechar la miel.*

*Crucé la frontera empapada de tristeza.
Siento inmenso dolor de esa madrugada
lluviosa y oscura,
que va más allá de mi existencia.*

*Lloran los mapaches,
lloran los saraguates,
los coyotes y senzontles totalmente silenciosos,
los caracoles y los jutes desean hablar.
La tierra madre está de luto,
empañada de sangre;
llora día y noche de tanta tristeza.
Le faltarán los arrullos de los algodones,
los arrullos de los machetes,
los arrullos de las piedras de moler.
En cada amanecer estará ansiosa de escuchar
risas y cantos de sus gloriosos hijos.*

Crucé la frontera cargada de dignidad.

*Llevo el costal lleno de tantas cosas
de esa tierra lluviosa .
Llevo los recuerdos milenarios de Patrocinio,
los caites que nacieron conmigo,
el olor de la primavera, olor de los musgos,
las caricias de la milpa
y los gloriosos callos de la infancia.
Llevo el huipil coloreal para la fiesta.
Cuando regrese,
llevaré los huesos y el rostro de maíz.*

*Pues sí, este costal volverá de donde salió,
pase lo que pase.
Crucé la frontera ,amor.
Volveré mañana
cuando mamá torturada
teja otro huipil multicolor,
cuando papá quemado vivo,
madrugue otra vez,
para saludar el sol desde las cuatro
esquinas de nuestro ranchito.*

*Entonces habrá cuxa para todos,
habrá pom,
la risa de los patojos,
habrá marimbas alegres,
habrá lumbres en cada ranchito,
en cada río
para lavar el nixtamal en la madrugada.
Se encenderán los cipotes,
alumbrarán las veredas,
las rocas, los barrancos y los campos.*

En honor a este Doctorado quisiera al mismo tiempo introducir el Año Internacional de los Pueblos Indígenas en los corazones, especialmente de los centros educativos, los medios de comunicación, las instituciones, los educadores, los maestros, en el campo y en la ciudad. Ese año internacional no sólo es para los pueblos indígenas, sino es también para revalorar nuestras raíces, retomar nuestra historia, retomar lo bien, las grandiosas joyas que tenemos de la pluralidad de América, y hacer conciencia de que la cultura de un pueblo se edifica sobre la base de una historia, de un presente y de un futuro .

Los pueblos indígenas vivimos aún contra la corriente, aún sobre la base de dificultades. Sin embargo, somos parte plena de la edificación de las grandes ciudades y de la valiosa cultura que tiene nuestro continente. Esa memoria es nuestra. Démosle el enfoque que queramos, pero hagamos nuestra esa historia y ese presente y ese futuro. Sólo así evitaremos que la diversidad en nuestro

continente y en nuestros pueblos sea un problema. La diversidad convirtámosla en una fortaleza de mañana y una fortaleza de nuestros pueblos. Es decir, que la diversidad cultural, la diversidad política, la diversidad de nuestra forma de ver la vida sea una fortaleza de nuestra América. Y hagamos todo esto en memoria de nuestros antepasados.

Algo tenemos en común, y ese común ha de ser el orgullo de nosotros.

Que ese año internacional signifique para ustedes un compromiso con volver a esas raíces y no verlas como mitos del pasado. No ver como mitos del pasado una ocasión de estudiar el presente.

Los indígenas necesitamos ser parte activa dentro y junto con ustedes, de todos los programas que pudiera haber; y que nos den la oportunidad de desarrollar nuestros conocimientos.

Muchas gracias por esta oportunidad y espero que sigamos trabajando en coordinación en el futuro, sobre todo en la nueva carrera académica para mí, porque yo nunca fui académica; hoy sí lo soy, porque tengo el título.

Gracias.